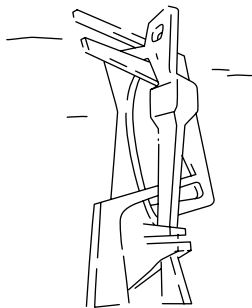


MARTÍN BLASZKO
EL CANTO DEL PÁJARO QUE VUELA



Martín Blaszko huyó de su Berlín natal en 1939 y recaló en París, donde se cruzó con Marc Chagall. Veinte años mayor que él, el pintor ruso le dio un consejo: “Elegí un trabajo que te sirva para comer, así tu arte permanece puro de necesidades económicas”. Cuando finalmente Blaszko llegó a la Argentina, se hizo peletero y durante años su familia vivió de ese oficio. Solo al alistarse en el bando de los *happy few* del grupo Madí, el artista abandonaría los cueros y las pieles blandas por la geometría más dura. Desde 1941 las obras de Blaszko son criaturas gestadas como plan de evasión. En una época donde la conquista del espacio y las utopías lo permeaban todo, él imaginaba obras hechas con líneas de aire y líneas de materia, con huecos y vacíos, con formas inventadas y fuerzas opuestas. Las esculturas públicas eran para Blaszko una manera de domar el ego humano, de ubicarlo —como partícula

microscópica que es— frente a la inmensidad del cosmos. De los muchos proyectos de escultura monumental que imaginó, muy pocos llegaron a materializarse. *El canto del pájaro que vuela* se instaló primero en el Museo al aire libre de Utsukushi-ga-hara de Japón y ahora una copia se levanta en Puertos. Ya de grande, el artista solía recordar París y sus largas mañanas en el Louvre, el sitio donde entendió que hay obras que nunca envejecen.